



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 22 de noviembre de 2000

Fe, esperanza y caridad en la perspectiva ecuménica

1. La fe, la esperanza y la caridad son como tres estrellas que brillan en el cielo de nuestra vida espiritual para guiarnos hacia Dios. Son, por excelencia, las virtudes "teologales": nos ponen en comunión con Dios y nos llevan a él. Forman un tríptico que tiene su vértice en la caridad, el *agape*, que canta de forma excelsa san Pablo en un himno de la primera carta a los Corintios. Ese himno concluye con la siguiente declaración: "Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad, pero la más excelente de ellas es la caridad" (1 Co 13, 13).

Las tres virtudes teologales, en la medida en que animan a los discípulos de Cristo, los impulsan a la unidad, según la indicación de las palabras paulinas que escuchamos al inicio: "Un solo cuerpo (...), una sola esperanza (...), un solo Señor, una sola fe (...), un solo Dios y Padre" (Ef 4, 4-6). Continuando nuestra reflexión de la catequesis anterior sobre la perspectiva ecuménica, hoy queremos profundizar en el papel que desempeñan las virtudes teologales en el camino que lleva a la plena comunión con Dios-Trinidad y con los hermanos.

2. En el pasaje de la carta a los Efesios antes mencionado el Apóstol exalta ante todo la unidad de la *fe*. Esa unidad tiene su manantial en la palabra de Dios, que todas las Iglesias y comunidades eclesiales consideran como lámpara para sus pasos en el camino de su historia (cf. Sal 119, 105).

Las Iglesias y comunidades eclesiales profesan la misma fe en "un solo Señor", Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, y en "un solo Dios y Padre de todos" (Ef 4, 5. 6). Esta unidad fundamental, así como la que brota del único bautismo, se manifiesta claramente en los múltiples documentos del diálogo ecuménico, aunque sobre algunos aspectos quedan aún motivos de

reserva. Por ejemplo, en un documento del Consejo ecuménico de las Iglesias se lee: "Los cristianos creen que el "único verdadero Dios", que se dio a conocer a Israel, se reveló de modo supremo en "su enviado", Jesucristo (cf. *Jn* 17, 3); que en Cristo Dios reconcilió consigo al mundo (cf. *2 Co* 5, 19); y que, mediante su Santo Espíritu, Dios da nueva vida, vida eterna, a todos los que por medio de Cristo se entregan a él" (*Confesar una sola fe*, 1992, n. 6).

Todas las Iglesias y comunidades eclesiales se refieren a los antiguos símbolos de la fe y a las definiciones de los primeros concilios ecuménicos. Sin embargo, existen aún algunas divergencias doctrinales, que es preciso superar para que el camino de la unidad de la fe llegue a la plenitud señalada por la promesa de Cristo: "Escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño y un solo pastor" (*Jn* 10, 16).

3. San Pablo, en el texto de la carta a los Efesios que hemos puesto como emblema de nuestro encuentro, habla también de una sola *esperanza*, a la que estamos llamados (cf. *Ef* 4, 4). Es una esperanza que se manifiesta en el compromiso común, a través de la oración y la activa coherencia de vida, con vistas al establecimiento del reino de Dios. Dentro de este vasto horizonte, el movimiento ecuménico se ha orientado hacia metas fundamentales que se entrelazan, como objetivos de una única esperanza: la unidad de la Iglesia, la evangelización del mundo, la liberación y la paz en la comunidad humana. El camino ecuménico se ha beneficiado también del diálogo con las esperanzas terrenas y humanísticas de nuestro tiempo, incluso con la esperanza oculta, aparentemente derrotada, de los "sin esperanza". Frente a estas múltiples expresiones de la esperanza en nuestro tiempo, los cristianos, aunque estén en tensión entre sí y probados por la desunión, han sido impulsados a descubrir y testimoniar "una razón común de esperanza" (Consejo ecuménico de las Iglesias, "Faith and Order" *Sharing in One Hope*, Bangalore 1978), reconociendo en Cristo su fundamento indestructible. Un poeta francés escribió: "Esperar es lo más difícil (...). Lo fácil, la gran tentación, es desesperarse" (Charles Peguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, ed. Pléyade, p. 538). Pero para nosotros, los cristianos, sigue siendo válida la exhortación de san Pedro a dar razón de nuestra esperanza (cf. *1 P* 3, 15).

4. En el vértice de las tres virtudes teologales está el *amor*, que san Pablo compara casi con un lazo de oro que une en armonía perfecta a toda la comunidad cristiana: "Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección" (*Col* 3, 14). Cristo, en la solemne oración por la unidad de los discípulos, revela su substrato teológico profundo: "el amor con que tú (oh Padre) me has amado esté en ellos y yo en ellos" (*Jn* 17, 26). Precisamente este amor, acogido y acrecentado, constituye en un solo cuerpo a la Iglesia, como nos señala san Pablo: "Siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta aquel que es la cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor" (*Ef* 4, 15-16).

5. La meta eclesial de la caridad, y al mismo tiempo su fuente inagotable, es la Eucaristía, comunión con el cuerpo y la sangre del Señor, anticipación de la intimidad perfecta con Dios. Por desgracia, como recordé en la catequesis anterior, en las relaciones entre los cristianos desunidos, «a causa de las divergencias relativas a la fe, no es posible todavía concelebrar la misma liturgia eucarística. Y sin embargo, tenemos el ardiente deseo de celebrar juntos la única Eucaristía del Señor, y este deseo es ya una alabanza común, una misma imploración. Juntos nos dirigimos al Padre y lo hacemos cada vez más "con un mismo corazón"» (*Ut unum sint*, 45). El Concilio nos recordó que "este santo propósito de reconciliar a todos los cristianos en la unidad de la una y única Iglesia de Cristo excede las fuerzas y la capacidad humanas". Por ello debemos poner nuestra esperanza "en la oración de Cristo por la Iglesia, en el amor del Padre para con nosotros y en el poder del Espíritu Santo" (*Unitatis redintegratio*, 24).

Saludos

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, especialmente a las Franciscanas de la Inmaculada Concepción, de México, así como a los demás grupos venidos de España, Panamá, Chile, Uruguay y Argentina. Que vuestra peregrinación jubilar en este Año santo os ayude a vivir bajo el influjo de las virtudes teologales. Muchas gracias por vuestra atención.

(*En eslovaco*)

Sus reliquias [de San Clemente, papa y mártir] fueron traídas a Roma por los santos hermanos Cirilo y Metodio. También vosotros habéis seguido sus huellas. Que la visita a Roma afiance vuestra devoción al Sucesor de Pedro.

(*A los croatas*)

La santísima Madre de Dios, a la que invocamos como Madre de la esperanza, acompañe vuestros pasos y los oriente hacia los caminos de la salvación. Ella os sostenga para vivir y testimoniar cada día la esperanza cristiana que el gran jubileo quiere poner particularmente de relieve

(*En italiano*)

A los miembros de la Consulta nacional italiana de las fundaciones contra la usura los exhortó a seguir combatiendo con empeño "esa despiadada explotación de las necesidades de los demás. La usura es una difundida plaga social y resulta muy necesario salir al encuentro de cuantos se hallan envueltos en esa red de injusticia y de graves sufrimientos. Deseo de corazón que, en el marco del Año jubilar, con la contribución de todos, se puedan dar pasos concretos para eliminar este gran azote social".

Dirijo ahora, como de costumbre, mi afectuoso saludo a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*, pensando en la memoria liturgia de santa Cecilia, que celebramos hoy.

Queridos *jóvenes*, os exhorto a perseverar en vuestro generoso compromiso de testimonio cristiano en la escuela y en la sociedad. Que el ejemplo de santa Cecilia, patrona de los músicos, os ayude a convertir vuestra vida en un canto de alabanza y gratitud al Señor.

Esta santa mártir romana os proteja a vosotros, queridos *enfermos*, y os ayude a comprender el sentido profundo del sufrimiento, como participación en el sacrificio redentor de Cristo. La intercesión de esta santa, famosa por su amor al canto y a la música, sostenga vuestro camino familiar, queridos *recién casados*, y lo haga siempre alegre, generoso y abierto al servicio de la vida.